

# **EL CONOCIMIENTO EN LA MENTE DE SAN IGNACIO**

## **Apuntes para la epistemología de la Pedagogía Ignaciana**

J. Montero Tirado, S.I.  
México, 7-10 de Mayo de 2003.

### **INDICE.**

1. INTRODUCCIÓN.
2. POTENCIAL COGNITIVO DEL SER HUMANO.
3. EL SENTIDO CRÍTICO COMO GARANTÍA DEL CONOCIMIENTO.
4. EL CONOCIMIENTO COMO ESTRATEGIA.
5. EL CONOCIMIENTO Y EL CONTEXTO.
6. EL CONOCIMIENTO Y LA EXPERIENCIA.
7. EL CONOCIMIENTO Y LA REFLEXIÓN.
8. EL CONOCIMIENTO Y LA ACCIÓN.
9. EL PROCESO DEL CONOCIMIENTO Y LOS RECURSOS PARA CONOCER.
10. LA CONSTRUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO.
11. EL CONOCIMIENTO Y LA EMOCIÓN.
12. EL CONOCIMIENTO IGNACIANO PARA LA PEDAGOGÍA IGNACIANA.

## 1. INTRODUCCIÓN.

Es muy difícil ubicar a San Ignacio en las corrientes de la epistemología. No sólo porque el intento con razón podría ser considerado anacrónico y porque él jamás intentó definir su manera de entender el conocimiento ni ubicó sus reflexiones en las coordenadas de la filosofía, sino sobre todo porque cuanto dice del conocimiento parte de sus experiencias cognitivas extraordinariamente complejas y sutiles y de un talante antinómico que simultáneamente refleja la mente del místico y la del hombre eminentemente práctico y de acción.

La personalidad de San Ignacio da para considerarlo en lo más alto de la metamística y al mismo tiempo calificarlo como modelo de hombre emprendedor y creativo de extraordinaria capacidad de liderazgo y gestión. Para corroborar lo primero basta leer su Diario Espiritual y su Autobiografía; y para lo segundo es suficiente con recordar la creación de la Compañía de Jesús y su inmediata y acelerada expansión con diversidad de hombres y pluralidad de obras apostólicas por todo el mundo.

Este ensayo pretende solamente abrir la ventana para introducirnos en el estudio de cómo San Ignacio entendía el conocimiento, de acuerdo a lo que él mismo nos ha dejado escrito en el texto de sus Ejercicios Espirituales. La narración de sus procesos íntimos en busca de conocimientos trascendentales, tal como ha quedado recogida en su Autobiografía y en el Diario Espiritual ofrece elementos muy significativos para comprender su modo de conocer y de entender el conocimiento. Pero el estudio de esas dos obras suyas no serán objeto de este trabajo.

Al hablar del conocimiento “en la mente” de San Ignacio me estoy refiriendo en primer lugar a la manera en que él ha buscado, procesado y conseguido los conocimientos en la intimidad de su mente, es decir, a sus experiencias cognitivas; y, en segundo lugar, al modo cómo él entiende el conocimiento, de acuerdo a las actividades y procesos mentales que propone al que hace los Ejercicios Espirituales.

Ambas perspectivas del tema confluyen, porque lo que Ignacio propone al ejercitante para alcanzar conocimientos surge como propuesta de sus experiencias personales. San Ignacio no es un pensador teórico, sino un maestro que da a conocer lo que sabe, que fundamentalmente aprendió en la experiencia.

Desde el principio quiero dejar claro que no voy a entrar en el debate sobre cuál de las teorías del conocimiento sería la mejor para confrontarla con lo que piensa de él San Ignacio. Cuando hablo de conocimiento me refiero “al proceso por el que la persona es capaz de transformar el material sensible que recibe del entorno, convirtiéndolo en símbolos, codificándolo y almacenándolo en la mente de manera que pueda recuperarlo en posteriores comportamientos adaptativos”.

Este concepto elemental es válido y aplicable a la expresión “conocimiento” que usa San Ignacio. No porque el conocimiento en San Ignacio sea un proceso elemental, sino porque ese concepto mínimo se da todas y cada una de las veces que San Ignacio habla del conocimiento.

## 2. POTENCIAL COGNITIVO DEL SER HUMANO.

San Ignacio cree en el potencial cognitivo del ser humano. Está convencido por su experiencia personal de que la mente humana puede conocer la realidad superando los condicionamientos del **tiempo**; no importa si los hechos son del pasado y pertenecen a la historia o son del futuro, que diseñamos como proyecto (“Qué he hecho?, ¿Qué hago? ¿Qué voy a hacer por Cristo?”.[53]). El tiempo no es obstáculo para el conocimiento.

Ignacio recurre a la historia y pide al que realiza los ejercicios que “tome su fundamento verdadero” y “discurra y razone por sí mismo y halle alguna cosa que le ayude un poco a entender más o a sentir la historia, ya sea por el razonamiento propio, ya sea porque el entendimiento es iluminado por inspiración divina” [2]. Y así mismo para el pasado personal propone que el ejercitante “traiga a la memoria” [50-52] [71] [206] [[229] [234] y frecuentemente [120] lo que hizo o vivenció, para actualizar en la mente lo que se quiere conocer y valorar.

Tampoco lo es **el espacio**. El espacio es coordenada ineludible en los ejercicios de Ignacio. Para lograr el conocimiento hay que contextualizar el objeto (hecho, persona, idea, sentimiento, cosa) que se pretende conocer. En cada ejercicio hay que componer el lugar, para ubicar la realidad en su sitio y en él descubrir las circunstancias, que afectan y condicionan la escena y a sus protagonistas, y los impregnan de sus características [140 y 144].

Por la misma razón **la distancia y la ausencia** tampoco son obstáculos para lograr el conocimiento. La “vista de la imaginación” [47][53][65][66][91][122] puede hacerlo todo presente, con la máxima verosimilitud y realismo. Y nosotros mismos nos podemos hacer presentes en todos los escenarios de todos los tiempos. [114].

**Cuanto existe** interesa a la curiosidad insaciable de Ignacio. Su mirada y su conocimiento no son científicos, pero no por eso son falsos. Los ojos de sus sentidos, los ojos de su imaginación, los ojos de su mente y los ojos de su espíritu, se abren ante todo lo existente, incluyendo en la existencia no sólo toda la vida personal: los hechos, los comportamientos, las emociones, los sentimientos, las ideas, los recuerdos las tendencias y mociones, los afectos ordenados y desordenados...todas las vivencias y su valor [139], sino también el mundo entero [63], el cosmos y la misma vida e intimidad de Dios [104]. Y esos ojos abiertos bucean todo lo existente para contemplarlo [230-237] reflexivamente [233, 235,236,237], y así poder conocer la grandeza, belleza y sentido de todo, y en todo descubrir y reconocer la presencia, la acción, el trabajo y el amor de Dios.

## 3. EL SENTIDO CRÍTICO, COMO GARANTÍA DEL CONOCIMIENTO.

El “optimismo” de San Ignacio sobre el poder cognitivo de la mente humana es audaz. Está en el polo opuesto del “escepticismo”. Cree en el potencial de cada persona para conocer la materia y el espíritu, la naturaleza, lo humano y lo divino, lo presente y lo ausente, a través del tiempo y del espacio. Pero de todo lo cognoscible, donde la superdotada “inteligencia intrapersonal” (para seguir la tipología de Howard Gardner) de Ignacio ha destacado, ha sido precisamente en el campo de los procesos íntimos y los laberintos de la mente. En este campo ha aportado conocimientos de relevancia histórica,

llegando a unos niveles de profundidad, insólitos para su época y nada comunes en la nuestra.

Su optimismo no es ingenuo, es crítico. Ignacio es rebelde ante la realidad, no la acepta por su mera existencia, presencia o apariencia, desconfía de ella y por eso se sitúa con ojos de contemplación, que, siendo auténtica contemplación, es paradójicamente tan crítica, que explícitamente la llama “meditación visible” [47], y es tan perspicaz que logra incluso convertir la palabra y su significación en objeto de contemplación [249] [254s]. No es el sentido común ni la percepción espontánea o cualquier tipo de reflexión primaria lo que garantiza el acceso a la realidad que queremos conocer. San Ignacio previene al ejercitante que “piense bien” [341], que observe atentamente “el discurso de los pensamientos” [333], que no se deje sorprender por los pensamientos de la desolación [317] que reflexione constantemente [194] [233] [235, 236, 237], que discurra con el entendimiento [50,51,53] [60] [54] [180] [182] [234], que razone [199], más aún, que busque razones [361] y decline las “razones aparentes” [329] [351], que rumie las ideas para dominarlas [189] [342], que se concentre en el tema [127], que tenga en cuenta lo que observa [344], que examine atentamente [338], que pondere la significación de la palabra [258], que “considere razonando” [181] [182], “que descubra las astucias del enemigo” [7], que esté advertido” [164], que “ocupe la principal parte del entendimiento en la consideración” de lo que está evocando [214], incluso que “investigue” [135] y aprenda a “discernir” no sólo ideas y sentimientos, sino el espíritu que le mueve y sus manifestaciones características [336]. Es decir, pone en acción las múltiples formas del pensamiento más crítico, para asegurarse que va por el camino correcto para alcanzar lo que busca.

Una lectura analítica del texto de los Ejercicios Espirituales revela la riqueza de sinónimos y de diversas formas de pensamiento y actividad mental que Ignacio usa y hace usar al ejercitante, demostrando así el rigor con que plantea la criticidad del conocimiento.

#### **4. EL CONOCIMIENTO COMO ESTRATEGIA.**

Querer conocer y conocer es y ha sido pasión constante del ser humano desde las orígenes de su existencia. Y el poder de esta pasión es el que ha hecho posible y sigue haciendo posible el desarrollo de la humanidad con el crecimiento incontenible de recursos para dar cada día más posibilidades de calidad a la vida. Lo que sucede a nivel de humanidad se produce igualmente a nivel personal. Desde niños todos sentimos el placer de aprender y el deseo insaciable de conocer todo lo que nos rodea y a nosotros mismos.

El hecho de que la mayoría de la humanidad no tenga la calidad de vida justa, deseada y posible es precisamente porque el conocimiento no llega a todos por igual, justamente cuando el conocimiento se ha convertido en el mayor medio de poder. Alvin Toffler, en su famoso bestseller “Cambio de poder” ha hecho ver cómo el conocimiento se ha constituido en la más valiosa fuente de riqueza y poder. Toffler afirmó que el conocimiento es de fácil transferencia para todos, ya que nadie lo pierde al compartirlo, y consecuentemente que en la sociedad del conocimiento se acortarán las distancias socioeconómicas y será posible superar la pobreza. Los hechos están demostrando lo

contrario, porque la concentración de conocimientos es acumulativa y el abismo entre quienes producen conocimientos y los controlan y quienes no tienen acceso a ellos es cada día mayor. Es evidente que el conocimiento se ha convertido en un bien, en un valor estratégico.

Para San Ignacio el conocimiento es una estrategia. Con él se reforma la vida para mejorarla, se le da calidad reubicándola en sus verdaderas coordenadas y se la revitaliza en su plenitud.

Los conocimientos no son resultado de una actividad aislada, para Ignacio los conocimientos se producen en las relaciones, lo que acrecienta su valor estratégico ya que en la antropología ignaciana el hombre es esencialmente un ser en relaciones, que se realiza en ellas. Por los conocimientos la persona queda en condiciones de responder y ubicarse mejor ante su entorno.

Por otra parte no sólo no son resultado de una actividad aislada, sino que son resultado de una actividad compleja. Como analizaremos más adelante, son productos de complejas actividades mentales, intelectuales y espirituales estratégicamente orientadas y procesadas.

Ignacio le da valor estratégico al conocimiento porque está convencido de que hay una íntima relación entre el conocimiento y la vida [139.2]. Gracias al conocimiento podemos encontrarle sentido a nuestra vida y a cuanto sabemos que existe [23] [233], darle dirección a nuestro ser [139], proyectarlo y alcanzar autonomía [169],

El conocimiento es también una estrategia para nuestra expansión personal. Por su mediación entramos en las realidades, que mientras son desconocidas no nos ofrecen acceso ni nos pertenecen, pero terminan siendo nuestras y parte de nosotros mismos al contemplarlas, internalizarlas simbólicamente, reproducirlas, desentrañarlas y apropiárnoslas mental y afectivamente.

¿Cuál es el espacio en el que Ignacio se mueve para alcanzar nuevos conocimientos estratégicos? Ignacio no hace ciencia, ni filosofía, ni siquiera teología como tal, que las hizo en sus estudios de las Universidades de Alcalá de Henares, Salamanca y La Sorbona de París; Ignacio elige estratégicamente el espacio de la espiritualidad. No por evasión ni desinterés por el mundo, los hombres y las mujeres con quienes le ha tocado vivir, sino por compromiso con ellos, para ayudarles a encontrar “el conocimiento de la vida verdadera”.

Desde la espiritualidad pone los conocimientos al servicio de la “vida verdadera” en acción para el cambio de las personas, de la sociedad y del mundo [145].(Ver “Educación ignaciana y cambio social” de J. Montero Tirado, de próxima aparición en Ediciones Loyola)

Estratégicamente Ignacio propone desde el primer momento al ejercitante que conozca el plan de Dios [23], la ubicación que le corresponde entre todo lo existente y el poder con que cuenta por ser hijo de Dios.

Para que esa situación de privilegio no frustre el proyecto de Dios, estratégicamente le propone al ejercitante que conozca bien, profundamente, íntimamente sus debilidades y limitaciones (“sus pecados”) y, al mismo tiempo, que comprenda el desorden, la malicia y el daño que ellos hacen y los aborrezca, de manera que ese

aborrecimiento sea motivador para el cambio personal y a su vez que conozca la malicia y el daño que hace el espíritu mundano, de manera que aborreciéndolo, lo elimine de su vida [63]. Todo ello en el contexto de conocer y experimentar el poder transformador de la comprensión, la misericordia y el amor de Dios.

El conocimiento de sí mismo, del mundo y del amor de Dios son estrategias fundamentales para generar el cambio radical.

Estratégico es también el conocimiento interno de Cristo [104], porque ese conocimiento hace posible crecer en el amor y el seguimiento del mismo Cristo [104 y 105].

El conocimiento es estrategia para la alegría. Contemplando a Cristo resucitado y “su oficio de consolar” [224], nuestra alegría tendrá su más sólido fundamento, tanto que ni la muerte podrá arrebatarla.

Y es también estrategia para “en todo amar y servir” [233]. Conocer internamente “tanto bien recibido” y “reconociéndolo” podremos lograr la grandeza de ser capaces de “amar en todo” y sentir gozosamente la belleza y el poder transformador de dedicarse a servir.

Ignacio podría haber elegido otra estrategia para promover estos valores espirituales profundamente humanos y humanizadores, pero de hecho ha elegido el conocimiento como estrategia fundamental en todos sus ejercicios espirituales.

## **5. EL CONOCIMIENTO Y EL CONTEXTO.**

Ver J. Montero Tirado. “El contexto en la pedagogía ignaciana”. Cap. Del libro: “Espiritualidad y Educación. Una propuesta ignaciana”, de próxima aparición).

## **6. EL CONOCIMIENTO Y LA EXPERIENCIA**

Ver J. Montero Tirado. “La experiencia en la pedagogía ignaciana”. Cap. Del libro: “Espiritualidad y Educación. Una propuesta ignaciana”, de próxima aparición).

## **7. EL CONOCIMIENTO Y LA REFLEXIÓN**

Ver J. Montero Tirado. “La reflexión en la pedagogía ignaciana”. Cap. Del libro: “Espiritualidad y Educación. Una propuesta ignaciana”, de próxima aparición).

## **8. EL CONOCIMIENTO Y LA ACCIÓN.**

Ver J. Montero Tirado. “La acción en la pedagogía ignaciana”. Cap. Del libro: “Espiritualidad y Educación. Una propuesta ignaciana”, de próxima aparición).

## 9. EL PROCESO DEL CONOCIMIENTO Y LOS RECURSOS PARA CONOCER.

Según San Ignacio, al conocimiento se llega por un largo camino mental. No importa si el tiempo invertido es tan súbito como la intuición o el “insight”, tan lúcido “que ni se duda ni se puede dudar” [175]. El recorrido, sea consciente o inconsciente, tiene pasos con la secuencia de un proceso.

El primer paso lo dan los sentidos. Es un paso fundante y radical, que está en la raíz de todo conocimiento. Cuando San Ignacio habla de los “sentidos interiores”, como cuando habla de “la vista de la imaginación” [47] [53] [65] [91] [122], o de “los cinco sentidos de la imaginación” [121], o de la “aplicación de los cinco sentidos” [66.67.68.69] [122.123.124.125] [132 [134] [208] [226], o sólo de dos sentidos, es decir, “ver, mirar, oír” [106.107.108] [114.115.116] [194], no se está refiriendo al paso fundante, sino a la salida de otro puerto ya construido, desde el que se llegará también a conocimientos, que vendrán cargados de otro tipo de información, “noticias” o vivencias.

Lo que el ejercitante ha de observar, para contemplar o meditar, es siempre algo “traído de la memoria” [50] [51] [52] [71] [120] [206] [229] [234] o “traído de la historia” [102] [111] [137] [150] [191] [201] [219], cuya reconstrucción se le encarga a la imaginación [140] [143] [passim] y a la memoria.

En la “contemplación” y en la “meditación visible” con esos dos pasos anteriores empieza a configurarse la “representación mental” de la realidad.

El valor que Ignacio le da a esa representación mental es tan relevante, que por eso insiste en que el ejercitante componga mentalmente el lugar, concretando los datos, circunstancias y características, que hagan más fácil construir la representación. Porque toda la construcción del conocimiento y de sus connotaciones se ha de hacer partiendo de dicha representación mental. El ejercicio del “llamamiento del rey temporal que ayuda a contemplar la vida del rey eternal” [91ss]. y el de “las dos banderas” [137ss] pueden ser ejemplos expresivos de la importancia que Ignacio le da a este paso de la configuración de la representación mental.

A partir de este momento, Ignacio pone en juego todo el potencial mental, intelectual y espiritual del ejercitante atacando con todos sus recursos para ponerse en condiciones de que Dios le conceda alcanzar el objetivo

Los conceptos y los juicios brotan casi espontáneamente a medida que se contemplan los detalles de la escena y sus protagonistas o a medida que la reflexión avanza por la meditación.

Comparando conceptos entre sí, juicios [213] [353] entre sí y conceptos y juicios se procesa el razonamiento, el medio intelectual fundamental para comprender, interpretar [363] encontrar el significado más adecuado y producir conocimientos.

Se trata de un razonar [199] conscientemente reflexionado [194] [233] [235.236.237] que incorpora a la lógica natural la lógica de la fe [235]. Un razonar inquieto [361], dinámico, que discurre “más en particular con el entendimiento” [50.51] [53] [60] [64] [180] [182] [234], un razonamiento que surge también de la “comparación” [50] [58] [59] [224], que “considera razonando” [208], que “investiga” [135], que incluso se organiza y sistematiza cuando tiene que elegir [169sss] y discernir [336].

Todo el proceso para construir los conocimientos es tan importante para San Ignacio que lo avala con distintas estrategias complementarias. Unas son físicas, otras psicológicas, otras netamente espirituales. En lo que él llama “adiciones” [73-90] pide al ejercitante y al director que da los Ejercicios acciones tan sutiles como las de “evocar el tema a la hora de acostarme, ya cuando estoy por dormirme”, al levantarme concentrarme en el tema inmediatamente, ponerme en presencia de Dios conscientemente, buscar la postura que facilite lo que busco, evaluar el ejercicio, hacer examen particular, procurar coherencia de sentimientos con condiciones de luz, silencio y control de expresión de mis emociones, refrenar la vista para evitar distracción, hacer penitencia externa e interna, regular con flexibilidad el comer y el modo de dormir, etc. y siempre tener en cuenta “edad y salud” del ejercitante [129]

Este interés por el objetivo estratégico, por el conocimiento, además de quedar avalado por la fidelidad al hacer el ejercicio con todos los requisitos dichos, está avalado por una motivación explícita, promovida desde la breve oración de petición que el ejercitante debe hacer pidiéndole, “demandándole”, al Señor el conocimiento más importante, el “conocimiento interno de Cristo” [104] [135] [233] y para implicar más aún a la afectividad en dicha motivación, promoviendo en sí mismo el “deseo de conocer más a Cristo”, para así lograr mayor y mejor conocimiento [130].

Los ejercicios no son un deporte espiritual, que se hace por pura afición deportiva. Los ejercicios, con su complejo proceso mental y espiritual, se hacen para entrenar a la persona en la dinámica y orientación que posibilita los cambios fundamentales de la persona, desde la conversión en la intimidad, hasta la entrega incondicional a la misión, para cambiar también el mundo.

Los ejercicios lógicamente no se justifican por sí mismos. Se hacen para algo. Tienen sus fines [21] y objetivos, que se especifican en la “petición” (segundo preámbulo) de cada uno de los ejercicios y definen la dirección del proceso que se ha de seguir.

La importancia que Ignacio le da al conocimiento como estrategia para conseguir los fines está subrayada no sólo en el hecho de que el conocimiento es el objetivo más frecuente en los ejercicios, sino también en los intencionales y sugestivos adjetivos con que califica esos conocimientos pedidos y buscados, tales como “conocimientos internos” [63] [104], “conocimientos claros” [176], “conocimientos sentidos” [118] y todos ellos orientados a fines superiores, que se alcanzarán en la “acción” [230]. (Sobre “la Acción en la Pedagogía Ignaciana” ver J. Montero Tirado en el libro: “Espiritualidad y Educación. Una propuesta ignaciana”, de próxima aparición).

## **10. LA CONSTRUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO.**

A la luz de lo que el Constructivismo nos ha descubierto y de sus propuestas para la educación, podemos hacer una relectura del texto de los Ejercicios Espirituales, para iluminar con nuestros conocimientos de hoy sobre el tema, la intuición y la experiencia de San Ignacio.



No es que San Ignacio deba ser considerado como un antecedente de la actual corriente cognitiva. Vuelvo a decir lo que sobre otros temas he dicho antes, sería un anacronismo inútil.

Pero sí es evidente que Ignacio no ofrece conocimientos elaborados para ser aprendidos, sino que propone ejercicios espirituales para que el ejercitante los haga y al hacerlos logre no sólo conocimientos estratégicos, sino objetivos trascendentales para su realización personal al dar respuesta a la voluntad y proyecto de Dios.

Todo el proceso, del que acabamos de hablar, es obra que ejecuta el ejercitante. Ignacio sólo da elementos orientadores para que los ejercicios se hagan bien, pero en ningún momento Ignacio dicta lo que hay que pensar, cómo pensarlo, cómo vivirlo y expresarlo. Es más, Ignacio previene al director que da los Ejercicios, que de ninguna manera se alargue en las instrucciones sobre cada ejercicio, antes al contrario que “narre fielmente la historia de la contemplación o meditación, pasando solamente por los puntos con breve y sobria declaración” [2], dejando que el ejercitante “discurra y razone por sí mismo” y que por sí mismo también “descubra alguna cosa que le ayude a ver más claramente y a sentir la historia”, “sea por su propio razonamiento o porque su entendimiento es iluminado por Dios” [2].

Ignacio considera que ese encontrar por sí mismo y construir lo que se hace en el ejercicio “es de más gusto y fruto espiritual que si el que da los ejercicios lo hubiese explicado largamente y ampliase por su parte el sentido de la historia”. Y da la razón: “porque no el mucho saber harta y satisface al alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente” [2]. No es la acumulación de conocimientos recibidos de afuera lo que aprovecha, sino el construirlos y vivenciarlos internamente, gozando con sus resonancias interiores.

Todos las condiciones ambientales y los medios instrumentales que Ignacio recomienda para hacer unos buenos ejercicios (luz, silencio, clima, posturas, lugar, comida, etc.), están propuestos con total flexibilidad, para que cada ejercitante elija aquellas que le ayuden para el fin que se propone. Es él, el ejercitante, quien para su construcción debe elegir lo que más le sirva.

Impresiona observar que para esta construcción de los conocimientos, Ignacio sabiamente pone en marcha los dos hemisferios del cerebro. (Sobre el tema ver “Educación ignaciana y cambio social” de J. Montero Tirado, S.I., de próxima aparición en Ediciones Loyola de Sao Paulo). El modo como Ignacio une las actividades del hemisferio izquierdo con las del derecho en un mismo ejercicio desencadena procesos mentales de extraordinaria riqueza.

“En todos los ejercicios espirituales usamos de los actos del entendimiento discurriendo y de los de la voluntad afectando” [3] y en los ejercicios de “contemplación”, que activan por su propia naturaleza el hemisferio derecho (“ver con la vista imaginativa”, p.e. [91], “aplicación de sentidos”, p.e. [121], etc.), se procesan también actividades del hemisferio izquierdo, siempre que el ejercitante entra en “reflexión” “para sacar provecho” (p.e. [106.3]).

La simbiosis de estas actividades mentales, procesadas por ambos hemisferios, aparece evidente en expresiones tan gráficas como “meditación visible” [47 y otros ya citados] o “contemplar la significación de cada palabra” [249] [254s].

Cuando el ejercitante tiene que “hacer sana elección”, en un proceso de evidente análisis y comparaciones, característico del hemisferio izquierdo, entran elementos propios del hemisferio derecho, no sólo en el primer tiempo de elección [175], sino en el segundo, donde se llega a mucha “claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones”, junto con “experiencia de discreción de varios espíritus” [176].

Igualmente esa complejidad de actividad mental está expresamente reflejada en el “tercer tiempo” de elección, cuando el ejercitante usa “sus potencias naturales libre y tranquilamente” [177].

Donde tal vez aparezca este entrecruzamiento de las actividades de ambos hemisferios con más evidencia es en los ejercicios de “repetición” [62] [99] [132] [134], sobre todo en aquellas “repeticiones” en las que Ignacio recomienda detenerse, es decir, “donde haya **sentido** algún conocimiento” [118] [120] [159] [204] [208] [226].

Lo que Ignacio propone y hace hacer al ejercitante tiene muchas semejanzas a lo que algunos teóricos actuales del conocimiento y los “saberes religados” están proponiendo como solución urgente a la crisis del pensamiento.

Edgar Morin ha planteado la necesidad de “reformular el pensamiento”. Con nuestro modo actual de pensar no tenemos garantías suficientes de que vamos a llegar a conocimientos profundos de la realidad. La modernidad segmentó los conocimientos, los aisló de la realidad, los especializó fragmentariamente, pensando que así podría conocer mejor la realidad. La educación, siempre influida por la industria y muy vinculada a las concepciones de la Física, copió el sistema y en la elaboración de sus currículos y en el desarrollo didáctico en las aulas parceló los saberes, los dividió en pequeñas asignaturas, creyendo que así tocaba e interpretaba mejor la realidad.

Hoy con los dinamismos de las globalizaciones y la necesidad de integrar el principio de indeterminación, las incertidumbres y las teorías del caos, se ha comprendido que para una realidad compleja e interrelacionada no son suficientes ni el pensamiento lineal, ni la lógica aristotélica, ni el optimismo ingenuo, hoy, como nos dicen Lipman y Morin, entre otros, para conocer y comprender la realidad compleja necesitamos un “pensamiento complejo”.

San Ignacio no tendría dificultad en aceptar lo que dice Morin sobre la duplicidad del pensamiento humano. Tenemos dos maneras de conocer y actuar que nacen de un lugar común, pero se diferencian entre sí: “una de ellas es el modo empírico/técnico/racional y la otra es el simbólico/mitológico/mágico. El primero está fundamentado en la exploración de los objetos del mundo exterior y se utiliza, por principio, con una lógica racional, coherente, explicativa, objetiva, determinada y no avanza ante las contradicciones. El segundo, a su vez, tiene como tónica la participación subjetiva; hace uso de una lógica analógica, representativa, comprensiva, superando con destreza las contradicciones. Si por un lado, renunciar al conocimiento empírico llevaría al hombre a la muerte, por otro, renunciar a las creencias fundamentales

constituyentes de la sociedad, sería lo mismo que eliminarla”. (C. Campos Cervera, 2002, 123).

Estas dos posibilidades de conocimiento y acción interactúan constantemente de forma dialéctica, transformándose mutuamente.

Ignacio se inscribe en el pensamiento empírico/técnico/racional, como hemos visto (para profundizar el modo que San Ignacio tiene de entender y vivir la experiencia puede consultarse en otro trabajo sobre “La experiencia en la pedagogía ignaciana”, que he difundido y está próximo a ser publicado como parte del libro citado “Espiritualidad y Educación”). Y, sin duda maneja a la perfección el pensamiento “simbólico”, y está lejos del pensamiento mitológico y mágico.

Lo que dice C. Campos Cervera del símbolo según Morin es aplicable a San Ignacio. “El símbolo tiene sentido evocador y concreto, [...] indicativo e instrumental.

[...] Lleva consigo una relación de identidad con aquello que simboliza; suscita el sentimiento de presencia concreta de lo que es simbolizado; concentra significados y representaciones ligadas simbólicamente por analogías; no depende del pensamiento empírico-racional; tiene una función comunitaria pues se torna significante de una estructura social a la que pertenece” (2002, 125)

La unidad de pensamiento, siendo diferentes los dos modos de procesarlo, constituyen un “circuito único” generador que Morin llama “Arqui-Espíritu”, que es donde se forma la representación y el lenguaje. Y, aunque es evidente que Ignacio ni habla ni estuvo interesado en ello, la unidad del pensamiento ignaciano tiene semejanzas con esta unidad de “arqui-espíritu” de que habla Edgar Morin, al describir lo que él llama “pensamiento complejo”.

Comparar con rigor el modo de entender el pensamiento de Ignacio con el pensamiento complejo nos llevaría muy lejos en este ensayo sobre el conocimiento, pero me parece oportuno aludir a esta semejanza, sencillamente para justificar la posición marcadamente crítica que Ignacio tiene con respecto al pensamiento y al conocimiento y, al mismo tiempo, destacar la actualidad de la espiritualidad y de la pedagogía ignacianas en este campo. No se trata obviamente de la criticidad ante el conocimiento científico como tal, ya que no es ese el conocimiento que Ignacio busca y propone, pero no por no ser científico en el sentido estricto, deja de ser válido y necesario.

Precisamente porque Ignacio le pide al ejercitante que él construya sus conocimientos, con la ayuda de Dios y en su presencia, y justamente porque Ignacio hace interactuar el esfuerzo humano de las “potencias naturales” con la lógica de la fe y sus dos sabidurías (1Cor 2), y los dones del Espíritu Santo (don de conocimiento, don de ciencia, don de sabiduría, etc.), Ignacio quiere asegurar al máximo que ese conocimiento construido correcto y conduce por el camino en el que el ejercitante se encontrará con la verdad, es decir, con la luz, la voluntad y el amor de Dios.

Todos los conocimientos que Ignacio quiere que el ejercitante construya, profundice y asimile son para reconocer, alcanzar y construir el Amor [230]. El amor como sentido de la vida (Principio y Fundamento), el amor como don y experiencia (Primera Semana de los Ejercicios), el amor como objetivo, el amor como proyecto, el amor como camino (Segunda Semana), el amor como garantía de identidad e

identificación (Tercera Semana), el amor como vivencia y signo del buen espíritu (Discernimiento), el amor reconstructor de la comunidad y reflejado en la alegría y la esperanza (Cuarta Semana), el amor para compartir (“Reglas para distribuir limosnas” [337ss], el amor a la Iglesia, como “verdadera Esposa de Cristo” [352], el amor como don, comunicación y producción, el amor reflejado en el servicio, descubierto en todo e impregnándolo todo (Contemplación para alcanzar amor).

## **11. EL CONOCIMIENTO Y LA EMOCIÓN.**

(Ver trabajo de J.Montero Tirado sobre “La afectividad en la Pedagogía ignaciana”, capítulo en el libro “Espiritualidad y Educación. Una propuesta ignaciana” de próxima aparición)

## **12. EL CONOCIMIENTO IGNACIANO PARA LA PEDAGOGÍA IGNACIANA**

Saber lo que San Ignacio piensa y propone sobre el conocimiento, por más interesante que en sí mismo sea, nos interesa realmente para seguir construyendo nuestra propuesta de Pedagogía Ignaciana. Cualquier propuesta pedagógica debe definir su epistemología. Y la nuestra no sólo se debe fundamentar en los mejores aportes de los filósofos del conocimiento, sino en aquellos que posibiliten la coherencia con las raíces de nuestra propuesta pedagógica, que es la espiritualidad ignaciana. Lonergan y/o Zubiri pueden prestarnos cimientos sólidos y convincentes para nuestra construcción. Pero el edificio entero tiene que levantarse con el cemento y la argamasa de lo ignaciano.

Creo que en este ensayo podemos encontrar elementos importantes para inspirar nuestra epistemología y seguir consolidando nuestro proyecto pedagógico.

La exuberancia de conocimientos con que cuenta la humanidad y la fecundidad en la producción constante y acelerada de nuevos conocimientos nos plantean a los educadores profesionales desafíos muy difíciles, empezando por el desafío de la selección de los conocimientos que debemos ofrecer a nuestros educandos. Es evidente que no hay tiempo ni capacidad para aprenderlo y enseñarlo todo.

¿Con qué criterios hacer la selección?

La primera respuesta puede ser fácil: de acuerdo a los fines de la escolarización. Pero resulta que esta respuesta se convierte en una segunda pregunta no menos difícil. ¿Cuáles deben ser hoy los fines de la escolarización?

La mayoría de los sistemas educativos vigentes han tomado como criterio de selección los conocimientos construidos con el desarrollo de las ciencias. Hoy empieza a cuestionarse este criterio y ya están en marcha reformas educativas que, sin prescindir de los conocimientos como objeto básico de los currículos, se empieza a poner atención y el acento en la educación, formación y capacitación de “competencias”.

Ahí coincidimos con San Ignacio.

Pero centrándonos en la educación, formación y capacitación en conocimientos, Ignacio tiene propuestas muy interesantes que ofrecemos.

¿Por qué no educar incluyendo en los proyectos educativos e incluso en los currículos, los “conocimientos espirituales”, en el sentido más abarcante y complejo de la palabra conocimiento?

Resulta paradójico el hecho de que todas las culturas y todas las antropologías reconocen la dimensión espiritual, como una dimensión esencial, substancial y constituyente del ser humano, y cuando hablamos de “educar y formar hombres y mujeres para su plenitud y realización total”, eludimos o excluimos la dimensión espiritual. ¿Dónde está el tratamiento educativo de esa dimensión en los currículos oficiales? ¿Por qué se ignora? Tal vez una posición excluyente de la modernidad nos esté condicionando, porque haya conseguido hacernos creer que la verdad pasó a ser solamente científica. Por suerte no faltan epistemólogos como Ken Wilber, que nos hacen ver con agudo sentido crítico que son tres los ojos del conocimiento: el ojo de los sentidos, el ojo de la razón y el ojo del espíritu. (Ver Ken Wilber: “Los tres ojos del conocimiento”. Edit. Kairós. Varias ediciones). Como Ken Wilber, la corriente actual de la “educación holística” reclama ya este derecho de incluir sistémicamente la dimensión espiritual. (Ver Rafael Yus Ramos: “La educación integral. Una educación holística para el sigloXXI”. Bilbao, Edit. Desclée de Brouwer, 2001. 2 tomos, 285 y 267pp). La Pedagogía Ignaciana no puede silenciarla.

Tanto más cuanto que probablemente sea cierto lo que han denunciado Japiassu y otros, que “la ciencia ha quedado sin conciencia”. (Ver “Interdisciplinariedad y Patología del Saber” de Hilton Japiassu. Rio de Janeiro, Edit. Imago,1976). Karl-Heinz Effen comenta a Japiassu diciendo: “La creciente diversificación de las disciplinas del conocimiento, o su enclausuramiento en áreas cerradas, practicando cada una un monólogo consigo mismo y perdiéndose en discursos rigurosos de especialistas, provocaron el aislamiento del conocimiento relativamente al orden de las realidades humanas. Una “ciencia sin conciencia”, o su desmembramiento de aquello que realmente cuenta para un desarrollo integral del hombre, desemboca en una declaración prepotente de la “muerte del hombre”. (2002,69).

La visión holística de San Ignacio y su antropología antropocéntrica, pueden contribuir a romper el aislamiento del conocimiento segmentado.

La concepción que Ignacio tiene de la dimensión espiritual del ser humano y de su esencial vocación trascendente, como hijo de Dios, amado por El, no son una coartada para proteger el pensamiento ingenuo, mítico o mágico. Ignacio alienta la rebeldía ante la realidad aparente. Su optimismo sobre el potencial cognitivo está cribado por el profundo sentido crítico y alimentado por una insaciable curiosidad. Rebeldía, optimismo crítico y curiosidad son tres actitudes y comportamientos, extraordinariamente dinamizadores para nuestros educandos.

Como hemos dicho, esa necesaria criticidad, paradójicamente optimista, cuenta con herramientas en la mente de cada educando. Sus múltiples inteligencias, su potencial cognitivo y el entrenamiento en diversas formas de pensamiento, unidos a la energía de la afectividad, sirviéndose de una imaginación permanente activada y orientada, con el recurso a las experiencias personales sensiblemente fijadas en nuestra memoria, constituyen un bagaje excepcional por el que nuestras alumnas y alumnos pueden convertirse no sólo en archivo activo y vivo de conocimientos sabios, sino en productores

fecundos de nuevos conocimientos por ellos mismos contruidos. La espiritualidad ignaciana, independientemente de su vinculación explícita a la Fuente de la Sabiduría, ofrece “ejercicios” que son profundamente naturales, al mismo tiempo que pueden estar enriquecidos por el poder y el saber del Espíritu..

El ejercicio constante de nuestra actividades mentales con la participación de los dos hemisferios del cerebro, la activación del pensamiento complejo, la visión global de las realidades, pueden contribuir a superar el sinsentido de la segmentación, la crisis de sentido que muchos están padeciendo. Hay algo indiscutible entre los aportes de la espiritualidad ignaciana, es su contribución a la búsqueda y al encuentro del sentido del ser humano, de cada persona y de cuanto existe.

La espiritualidad ignaciana, el modo que Ignacio tiene de entender el conocimiento y los procesos mentales para conquistarlo nos ofrecen no sólo principios y criterios globales, sino sugerencias de ejercicios, estrategias, de métodos y hasta de evaluación de nuestros conocimientos y sus procesos para adquirirlos, asimilarlos y construirlos.

---